

Vidas paralelas

□ La traducción inglesa del libro de Vladimir Tchernavin «I speak for the Silent» ha puesto en manos del occidente europeo la narración de las desventuras de un ruso que fué perseguido por la G. P. U.

La Nouvelle Revue Française ha comenzado la publicación, de una novela de André Malraux, titulada «Le Temps du Mepris» donde se pintan las angustias de un comunista alemán encerrado por los nazis.

La casualidad de que ambos libros lleguen al mismo tiempo es formidable para establecer comparaciones. Ambos documentos se anulan y se contradicen, por ser parecidos. Las tragedias de Kassner, encerrado, en la novela de Malraux, son paralelas a las de Tchernavin en sus años de persecución. En ambos libros resalta la tragedia dolorosa de los perseguidos y la espantable realización de los primeros años revolucionarios en un régimen naciente. Malraux, que conoce su oficio de escritor como pocos, nos da un cuadro violento, lleno de terror y de una lentitud descriptiva tremenda. Los pensamientos y sensaciones de Kassner encerrado en un calabozo oscuro y oyendo los golpes en en cifra que le da un vecino de prisión, sin comprender lo que quiere decir, están magníficamente logrados. Cerca de cien páginas ocupan estas sensaciones y remembranzas de un prisionero que a ratos piensa en suicidarse y no tiene medios para ello, que se afila las uñas contra la pared para poder abrirse las venas, que se tiende rendido sobre el suelo y empieza a ver paisajes queridos, a oír músicas llenas de remembranza, a ver la imagen de su mujer... Después los golpes en la celda inmediata, numerados, que Kassner desespera de saber lo que querrán decir; la concentración cerebral para dar un significado a aquellos golpes, contando en órdenes diferentes las letras del alfabeto... Una puerta que se abre y los S. A. que entran al calabozo y golpean durante un rato a Kassner, por gusto de martirizar. Y al cabo de varios días de obscuridad, la salida, porque otro

prisionero se dice llamar Kassner, sin que éste lo vea, ni comprenda la razón de su libertad. Un vuelo de huída hacia Checoslovaquia...

En el libro de Tchernavin, casi las mismas circunstancias en sentido contrario de proveniencia. Una célula de la Checa, los interrogatorios del oficial comunista, el castigo de mantener de pie, en un calabozo del tamaño de un ataúd al prisionero que se niega a hablar, los trallazos... La casualidad de que estas dos obras tan semejantes y mutuamente destructivas lleguen al mismo tiempo está llena de enseñanzas. Literariamente no es fácil decir cuál libro es mejor de los dos.

Elisabeth Bergner

□ Es sintomático que los críticos de Inglaterra y de Francia, digan que esta muchacha es superior a Sara Bernhardt, a Eleonora Duse, a Emma Grammatica y a Sybil Thorndike. Los éxitos de la Bergner en la interpretación del teatro de Shakespeare han sido tan extraordinarios que no se recuerda intérprete superior. En «St. Joan» de Bernard Shaw, en «Strange Interlude» de O'Neill y en «The Constant Nymph» de Margaret Kennedy, lo mismo que en los papeles de Rosalinda, Ofelia y Viola, Elisabeth Bergner ha alcanzado una altura que linda con lo que no tiene precedentes conocidos por los entendidos en teatro.

A los once años apareció por primera vez en escena, en Viena, su ciudad natal. Pasó inadvertida hasta que Max Reinhardt la descubrió: «Desde el punto que la vi—dice—me di cuenta de que tenía alas». Alcanzó en Alemania grandes triunfos, bajo la dirección de Reinhardt, hasta que, por semita, tuvo que salir del solar germánico. En Londres, durante el curso del pasado año, se ha realizado su ascenso definitivo. El público de Mánchester, que es el juez primordial de los éxitos teatrales en Inglaterra (la provincia es el salvoconducto teatral para Londres en la mayoría de los casos), ha aclamado a Elisabeth con ovacio-